

pero decirle : cede ó hago meter en la cárcel á tu padre, y decírselo cuando sabe que toda la familia depende del trabajo de ese padre, esto es mil veces más cruel y más odioso y más criminal.

— Cuando pienso que con uno de los diamantes que están sobre esa mesa tendrías con que reembolsar al notario, sacar á tu hija de su casa y tenerla en la nuestra, es cosa que desespera.

— Aunque me repitas eso mismo cien veces ¿ qué adelantaremos ? Es muy cierto que si yo fuese rico, no sería pobre.

La probidad de Morel era de tal manera instintiva, que no le ocurría que su mujer abatida y contrariada por la desgracia pudiese concebir ninguna idea mala, ni proponerse tentar su probada honradez. Después de un momento de silencio prosiguió con tono amargo: Es preciso resignarse : ¡ felices aquellos que pueden tener á sus hijos al lado y defenderlos de las asechanzas ; ¿ pero una hija de la clase del pueblo qué defensores tiene ? Ninguno. Cuando está en estado de ganar alguna cosa, se va por la mañana al taller, no vuelve á casa hasta la noche, y durante ese tiempo la madre trabaja por un lado y el padre por otro. Toda la fortuna de las gentes de nuestra clase consiste en el tiempo, y el pan está tan caro que no nos queda lugar para vigilar la conducta de nuestras hijas, y luego se oye hablar de la conducta de las muchachas pobres, como si sus padres tuviesen medios de guardarlas en su casa ó tiempo de vigilarlas cuando están fuera de ella. Las privaciones que sufrimos nada valen comparadas con la pena de dejar á nuestra mujer, á nuestros hijos y á nuestro padre. Á nosotros los pobres es á quienes más convendría y consolara la presencia de la familia y apenas nuestros hijos llegan á tener uso de razón nos vemos precisados á separarnos de ellos.

En aquel momento llamaron con fuerza á la puerta de la guardilla.

XX

EL MANDATO DE PAGO

Se levantó asombrado el lapidario, abrió la puerta y dos hombres entraron en la guardilla.

Uno de ellos, alto, flaco, de cara innoble y granujienta escondida entre dos grandes patillas negras, llevaba en la mano un grueso bastón emplomado, y un sombrero abollado en la cabeza, y vestida una larga levita verde salpicada de lodo y abotonada. El cuello de la levita, que era bajo, dejaba descubierto un pescuezo largo, encarnado y pelado como el de un buitre viejo... Este hombre se llamaba Malicornio.

El otro era más hajo, de cara también ordinaria y abotargada, gordo y rechoncho, é iba vestido con una especie de suntuosidad grotesca. Dos botones de brillantes unían los pliegues de su camisa, cuya limpieza era problemática, y una larga cadena de oro caía sobre su chaleco escocés, que hacía un raro contraste con su paletó de felpa amarillenta...

Se llamaba Bordón.

— ¡ Oh, esto huele á miseria ! — dijo Malicornio deteniéndose en el umbral.

— ¡ No huele á rosas ! ¡ qué parroquianos ! ¡ eh ! — repuso Bordón haciendo un gesto de asco y de desprecio ; y luego se adelantó hacia el artesano que lo miraba con sorpresa é indignación.

En la puerta, que había quedado entreabierta, vió la cara del Cojuelo que había seguido disimuladamente á los desconocidos para ver lo que ocurría.

— ¿ Á quién buscáis ? — dijo con mal tono el lapidario, exasperado por la brutalidad de estos dos hombres.

— Á Jerónimo Morel — repuso Bordón.

— Yo soy...

— ¿ Sois lapidario ?

— ¡ Si !

— ¿ Estáis seguro ?

— Vuelvo á deciros que soy yo... No hay que incomodarme... ¿ Qué queréis?... ¡ explicaos, ó marchaos de aquí !...

— ¡ Vaya una urbanidad !... muchas gracias... ¿ Qué te parece, Malicornio ? — repuso el hombre volviéndose hacia su camarada — esto está más *barrido*... que la casa del vizconde de Saint-Remy.

— No hay duda... pero en las casas de esos señores se encuentra uno con cara de palo, como nos sucedió en la calle de Chaillot. El pájaro había volado la víspera más que de prisa... pero á estos marranos siempre se les encuentra en su pocilga.

— Ya lo creo ; éstos no desean más que los metan en la cárcel para tener pan que llevar á la boca.

— Buen tonto puede ser el acreedor, porque el negocio le costará más de lo que vale... pero con su pan se lo coma.

— Si no estuvierais borrachos — dijo Morel — como parece que estáis, puede ser que me incomodase... ¡ Vamos, pronto, fuera de mi casa !

— ¡ Qué tal ! parece que tiene humos el tío *joba* — dijo Bordón aludiendo á la inclinación del cuerpo del lapidario. — ¿ Qué te parece, Malicornio ? y tiene valor para llamar á esto su casa... á fe que no metería yo mi perro en semejante cubil.

— ¡ Ay Dios mío ! ¡ Dios mío ! — gritó Magdalena llena de tal espanto, que hasta entonces no había podido articular una sola palabra — llama, pide

socorro, Morel... mira que pueden ser ladrones... Cuidado con los diamantes...

En efecto, al ver Morel que aquellos dos hombres de tan mala catadura se acercaban más y más á la mesa en que estaban los diamantes, temió que tuviesen alguna intención siniestra, corrió hacia la mesa y cubrió con ambas manos las piedras preciosas.

El Cojuelo, que no se había separado un momento de la puerta, recogió las palabras de Magdalena, observó el movimiento del artesano, y dijo para sí:

— ¡ Qué tal! y decían que era lapidario de falso, pues si las piedras fuesen falsas no tendría tanto miedo de que se las robasen. Vamos metiendo en el saco: luego la tía Matheo, que viene aquí muchas veces, es también corredora de piedras finas; luego son diamantes los que trae en el canastillo... Vamos guardando en el saco para decírselo á la Lechuza — añadió el hijo de Brazo Rojo.

— Si no salís de mi casa, llamaré la guardia — dijo Morel.

Los niños, asombrados al ver esta triste escena, empezaron á llorar, y la vieja idiota se incorporó en el lecho.

— Si alguien tiene derecho para llamar la guardia, somos nosotros... ¿ entendéis ahora, viejo derrengado? — dijo Bordón.

— Porque la guardia nos auxlliará para llevaros á la cárcel, si os hacéis el tonto — añadió Malicornio. — Es verdad que no viene con nosotros ningún juez de paz; pero si queréis uno, se os traerá al instante, acabado de salir de la cama y calentito como un pastel... Bordón irá á buscarlo...

— ¡ Á la cárcel yo! — exclamó Morel lleno de estupor.

— Si, á Clichy...

— ¡ Á Clichy! — repitió el artesano asombrado.

— ¡ Qué malas entendederas tiene! — dijo Malicornio.

— Á la cárcel de deudores... para que lo entendáis de una vez — añadió Bordón.

— Pero entonces sois... ¡ cómo!.. ¿ será posible!... Luego el notario... ¡ Dios me valga!...

Y pálido como un difunto, el lapidario se dejó caer en el taburete sin poder articular ni una palabra más.

— Somos alguaciles del comercio, á ver si ahora nos entendemos...

— Morel... la obligación del amo de Luisa... ¡ Estamos perdidos! — exclamó Magdalena con voz trémula y desfallecida.

— Ahí tenéis la ejecutoria — dijo Malicornio sacando de una cartera sucia y grasienta un papel con sello.

Después de haber rumiado como de costumbre una parte de la sentencia en voz ininteligible, articuló claramente las últimas palabras, que por desgracia eran demasiado significativas para Morel:

El tribunal condena al señor Jerónimo Morel á pagar al señor Pedro Petit-

Jean, negociante, por todas las vías de derecho, y aun corporalmente, la suma de mil y trescientos francos, con más el interés desde la fecha del protesto, condenándolo igualmente en los gastos y costas.

*Dado y juzgado en París, á 13 de septiembre, etc., etc.*¹

— ¿ Y entonces Luisa? ¿ y Luisa? — exclamó Morel casi fuera de sí, y al parecer sin haber oído la lectura:

— ¿ En dónde esta Luisa? Si me prenden, es porque ha salido de casa del notario. ¡ Dios mío!... ¡ Oh, Dios! ¿ qué ha sido de Luisa?

— ¿ Qué Luisa ni que niño muerto? — dijo Bordón.

— Déjalo, tonto — repuso brutalmente Malicornio; — ¿ no ves que está tocando el violón? Vamos — y se acercó á Morel — listo; por el flanco izquierdo... ¡ marchen! y á ver como meneas las canillas, para salir pronto de esta epidemia y respirar aire puro.

— Morel no saldrá de aquí. ¡ Defiéndete, Morel! — gritó Magdalena casi sin juicio. Mátalos, mata á esos bribones. ¡ Oh, cobarde!... serás capaz de dejarte llevar... y de abandonarnos...

— Podéis hacer vuestro gusto, señora, como si estuvierais en vuestra casa — dijo Bordón con aire sardónico. — Pero tened entendido que si vuestro marido, ó lo que sea, levanta la mano contra mí, lo mando á desayunarse al otro barrio — añadió haciendo un molinete con el bastón emplomado.

Morel sólo pensaba en Luisa, y no veía nada de lo que pasaba á su alrededor. Una expresión de amarga alegría iluminó de repente su rostro, y dijo:

— ¡ Luisa ha salido de la casa del notario!... voy con gusto á la cárcel. — Pero echó luego una mirada en torno suyo, y volvió á exclamar: — ¡ Y mi mujer!... ¡ y su madre!... ¡ y mis pobres hijos!... ¿ quién los mantendrá? Nadie me confiará las piedras en la cárcel, porque todos creerán que estoy preso por mala conducta... ¿ Luego el notario quiere mi muerte y la de mi familia?

— Vamos, vamos, acabemos de una vez — dijo Bordón — ya me voy amostazando. Vestíos pronto, y á la calle.

— ¡ Oh, perdonadme, señores, perdonad lo que dije hace un rato! — gritó Magdalena desde la cama. — No, no tendréis corazón para llevar á Morel... ¿ Qué sería de mí con cinco hijos y con mi madre loca? allí está... allí está en aquel colchón... ¡ Está loca, señores de mi alma... está loca!...

— ¿ Aquella vieja esquilada?

— ¡ Y es verdad que está esquilada! ¡ vaya una visión! — dijo Malicornio soltando una carcajada: — creí que tenía un gorro blanco en la cabeza...

1. El hábil notario, no pudiendo perseguir en juicio bajo su propio nombre, había hecho firmar al desgraciado Morel lo que se llama una aceptación en blanco, y había cubierto después la obligación á nombre de un tercero.

— Hijos míos, arrodillaos delante de esos señores — gritó Magdalena queriendo hacer el último esfuerzo para ablandar á los corchetes: — pedidles que no se lleven á vuestro padre... nuestro único amparo...

Los niños lloraban asombrados, y no se atrevían á salir del jergón á pesar del mandato de su madre.

Al oír la idiota aquel ruido y al ver el aspecto de los dos corchetes á quienes no conocía, empezó á dar siniestros ahullidos acurrucándose como un perro contra la pared. Morel parecía insensible á lo que estaba pasando: el golpe era tan rudo é inesperado, las consecuencias de su arresto le parecían tan espantosas, que no podía concebir la realidad de aquella escena. Debilitado por todo género de privaciones, faltóle enteramente el espíritu y permaneció en el asiento sin moverse, pálido, asombrado, con los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho.

— ¡Hola! ¡eh! tío socarrón... ¿en qué diablos estáis pensando? — gritó Malicornio. — ¿Ó pensáis que hemos venido aquí á pelar la pava? Vamos pronto.

El corchete cogió con una mano por el hombro al artesano y lo sacudió brutalmente. Esta amenaza y el gesto que la acompañó llenaron de terror á los niños; los tres varones salieron casi desnudos del jergón, y deshechos en llanto se arrojaron á los pies de los guardas del comercio, levantaron las manos y dijeron con un tono que partía el corazón:

— ¡Por Dios, señores!... ¡no matéis á nuestro padre!

Al ver á los infelices niños temblando de frío y de espanto, Bordón se conmovió á pesar de lo acostumbrado que estaba á tales escenas. Su implacable compañero sacudió brutalmente la pierna á que estaban agarrados los niños suplicándole por su padre.

— ¡Eh! largo de ahí! ¡fuera chiquillos!... ¡Qué demonio de oficio, si no tuviera uno más parroquianos que mendigos como este!

Un horrible episodio hizo más espantosa esta escena.

La mayor de las dos niñas que estaba acostada con su hermana en el jergón, gritó de repente:

— ¡Madre, madre, no sé que tiene Adela... está fría como la nieve! Me mira de hito en hito ¡ay Dios mío!... y no respira...

La pobre niña tísica acababa de expirar sin dar un solo quejido y con la vista clavada en su hermana, á quien amaba tiernamente.

Imposible sería dar una idea del grito de la mujer del lapidario al oír esta horrible revelación, pues conoció al momento lo que había sucedido. Fué uno de esos gritos que salen solamente del fondo de las entrañas de una madre.

— ¡Mi hermana parece una muerta! ¡Dios mío! ¡Dios mío! oy tengo miedo — exclamó la niña saliendo precipitadamente del jergón y corriendo asombrada hacia su madre.

Ésta, sin acordarse de que sus piernas casi paralizadas no podían sostenerla, hizo un esfuerzo violento para levantarse y correr hacia su hija muerta; pero faltándole las fuerzas, volvió á caer en la cama lanzando un grito de desesperación.

Este grito resonó en el corazón de Morel, que salió de su estupor, y arrojándose al jergón en que estaba su hija de cuatro años, la cogió en los brazos...

Pero estaba muerta.

Se enfermó, causada por la miseria era mortal; pero el frío y el hambre habían acelerado su fin.